

La lección de Descartes. Sobre *La carne de René* de Virgilio Piñera

Andrea OSTROV
Universidad de Buenos Aires (UBA)

Resumen

Este artículo propone que Virgilio Piñera se reapropia de la estructura del *Bildungsroman* para subvertir su sentido e invertir su signo: en *La carne de René* (1952) el aprendizaje se revela como proceso de disciplinamiento en el marco de un biopoder que apunta a la producción de cuerpos dóciles y subjetividades funcionales en virtud de su absoluta *disponibilidad*. La *inversión* y la *literalización* constituyen los principales procedimientos mediante los cuales se parodian ciertos postulados del existencialismo, la fenomenología y el pensamiento cartesiano a los efectos de iluminar el lado oscuro de la racionalidad moderna.

Palabras clave: biopoder, carne, existencialismo, parodia, Bildungsroman.

Abstract

This article proposes that Virgilio Piñera reappropriates the structure of the *Bildungsroman* to subvert its meaning and invert its sign: in *La carne de René* (1952), learning is revealed as a process of disciplining within the framework of a biopower that aims at the production of docile bodies and functional subjectivities by virtue of their absolute availability. Inversion and literalization constitute the principal procedures through which certain postulates of existentialism, phenomenology, and Cartesian thought are parodied in order to illuminate the dark side of modern rationality.

Keywords: Biopower, Flash, Existentialism, Parody, Bildungsroman.

La carne de René, primera novela del polifacético escritor, poeta, ensayista y dramaturgo cubano Virgilio Piñera, publicada en Buenos Aires en 1952, nos presenta el proceso de aprendizaje y aceptación de la violencia y el dolor por parte de su protagonista. El relato narra las etapas y progresos de la formación del personaje en diálogo con la estructura del *Bildungsroman*, género caracterizado por la investigadora rumano-estadounidense Marianne Hirsch (1979) como la historia del crecimiento y desarrollo de un sujeto individual en el contexto de un determinado orden social.

Según esta autora, el trayecto –literal o metafórico– del protagonista desde la juventud hacia la adultez se ve tensionado por la incompatibilidad entre sus deseos particulares y los requerimientos de la sociedad. El conflicto debería resolverse mediante la adecuación de las aspiraciones propias a las exigencias del contexto social y la novela finalizaría con la afirmación o aceptación por parte del protagonista de su nuevo lugar o función dentro de la sociedad. En este sentido, el aprendizaje ‘exitoso’ supone una ‘negociación’ entre el personaje y su entorno que garantice la reproducción de un determinado orden social y político y de los valores que este propone. Intentaré demostrar que Virgilio Piñera se reapropia de la estructura del *Bildungsroman* para subvertir su sentido e invertir su signo: en *La carne de René* el aprendizaje se revela como proceso de disciplinamiento en el marco de un biopoder que apunta a la producción de cuerpos dóciles y subjetividades funcionales en virtud de su absoluta *disponibilidad*. La *inversión* y la *literalización* constituyen los principales procedimientos mediante los cuales se parodian ciertos postulados del existencialismo, la fenomenología y el pensamiento cartesiano a los efectos de iluminar el lado oscuro de la racionalidad moderna.

CUERPO Y CARNE

El aprendizaje y aceptación de la violencia y el dolor como valores sociales hegemónicos por parte del protagonista de la novela implica como condición previa la asunción de su condición carnal. Desde el mismo título, el significante “carne”, omnipresente en el relato, se erige como eje estructurador de la cosmovisión imperante y de la concepción del sentido vital. A lo largo del texto la carne se irá mostrando en todas sus variantes, posibilidades y significaciones, tal como lo sugieren los títulos de los diferentes capítulos: carne comestible, carne humana, carne gozosa, doliente, perfumada, trucidada, chamuscada, abierta, dura, blanda, tierna, jugosa, fría, deseante. La elección de la palabra *carne* en relación con la dimensión corporal no resulta indiferente: mientras el cuerpo supone una estructura orgánica, reconocible y diferenciable puesto que constituye el principal factor de individuación a partir de la Modernidad,¹ la carne en tanto elemento material que da entidad al cuerpo deja de ser reconocible e individualizable y se esgrime como principio homologador en virtud del cual se cancelan las diferencias y se instaura en cambio una equivalencia entre los cuerpos vivientes y no vivientes, humanos y animales². La explícita opción por la noción de *carne* en la novela remite además a la conceptualización que propone Maurice Merleau-Ponty, según el cual la carne es el principio ontológico común al propio cuerpo y al resto de las cosas. Permite percibir y ser percibido, tocar y ser tocado en simultaneidad ya que constituye la textura única del ser donde se unen el que ve y lo visible, el que toca y lo tocado: “Mi cuerpo está hecho de la misma carne

¹ “El cuerpo occidental es el lugar de la cesura, el recinto objetivo de la soberanía del ego. Es la parte indivisible del sujeto, el ‘factor de individuación’” (Le Breton, 2002: 8).

² El tópico de la *carne* es recurrente en la obra de Piñera, particularmente en las prácticas de desgarramiento y en la equiparación entre la comestible y la humana, tal como ocurre por ejemplo en los cuentos “La carne” y “Unos cuantos niños”, incluidos en *Cuentos fríos* (1956).

que el mundo [...], además esta carne de mi cuerpo es partícipe del mundo, [...] él la invade y ella lo invade a él” (Merleau-Ponty, 2010: 219). La carne posibilita la mutua incrustación del sujeto y las cosas puesto que “las cosas y [el] cuerpo están hechas con la misma tela” (Merleau-Ponty, 1986: 18); el cuerpo, visible y vidente a la vez, permite al sujeto formar parte del mundo, estar en el mundo.

La escena inaugural de la novela pone en juego varias de estas cuestiones. Por orden de su padre y como parte de su proceso de aprendizaje, René asiste a una carnicería donde se ha formado una larga fila para comprar carne. El nombre del lugar, "La equitativa", plantea desde el comienzo mismo una equivalencia entre los dos tipos de carne, la comestible y la humana, que se encuentran separadas por el mostrador. La multitud se desespera por adquirirla ya que un largo período de racionamiento ha generado una imperiosa necesidad.³ Sin embargo, la sola visión de las reses exhibidas provoca en el protagonista un malestar que lo coloca al borde del desmayo. Su aspecto llama la atención de dos o tres conocidos, que entablan el siguiente diálogo:

- ¿No es René ese que está en la fila del centro? Parece hipnotizado. Mira [...] qué pálido está. Si fuera hijo mío le daría un vasito de sangre cada mañana [...]
- Señora [...]. Esa clase de carne no me gusta. [...] Para mí se trata de un conspirador.
- [...]
- [...] mírelo y dígame si eso puede tener cara de conspirador. Yo diría que tiene cara de enfermo.
- En todo caso de conspirador enfermo, señora Pérez. Mire esa cara: inspira desconfianza. (Piñera, 2000: 10-13)⁴

Conspirador, enfermo, o ambas cosas, la sensibilidad disidente del muchachito frente a la carne trozada (o des-trozada) es decodificada por los "normales" (los consumidores de carne) como *anemia* y *anomia*, términos que en la novela se presuponen mutuamente bajo la vigilancia médico-política. En la medida en que de acuerdo con los parámetros de la sociedad carnívora la carne se erige como principio estructurador de la subjetividad, de la identidad de género (masculino) y del sentido de la existencia, la condición física de René anuncia una posición transgresora.

Ahora bien, resulta sumamente significativo que el protagonista de la novela no sea presentado por el narrador, sino a través del diálogo anteriormente citado; es decir, desde la visión de otros personajes que constituyen literalmente *puntos de vista* sobre el cuerpo vidente-visible de René. Dice Merleau-Ponty: “Decir que el cuerpo es vidente [...] es lo mismo que decir: es visible. Cuando busco lo que quiero decir diciendo que es el cuerpo el que ve, no encuentro otra cosa que: es ‘de algún lado’ (desde el punto de vista de otro o en el espejo para mí [...]) visible en el acto de mirar” (2010: 241). De este modo, la escena inaugural puede leerse como una representación literal de los postulados fenomenológicos anteriormente mencionados.

³ Desde el principio entonces, la carne en su versión comestible aparece como una herramienta de manipulación social, un instrumento de regulación política y un objeto del biopoder.

⁴ En adelante citaré por esta edición consignando únicamente el número de página entre paréntesis.

EL VALOR DE LA CARNE

La dimensión política de la carne se hace definitivamente explícita en el discurso de Ramón, padre de René. En ocasión del vigésimo cumpleaños del adolescente, aquel lo instruye acerca de la Causa de la carne trucidada y antes de anunciarle que “[e]s la voluntad del partido que seas mi sucesor” (34) se refiere, por ejemplo, a “lo que el factor carne significa en la marcha de las naciones” (15); habla de “traiciones”, “atentados”, “persecuciones”, “cancillería”, “vaivenes de la política internacional” (30), “sublevación de los campesinos” (33), “campanas de la oposición” (32), exilios (34) y deportaciones (31), evidenciando de este modo las supuestas tensiones que configuran el campo del bio-poder, organizado en clave lúdica en “perseguidores” y “perseguidos” que se alternan sucesivamente en el cumplimiento de sus funciones. “[P]racticó el culto de la carne, no el de la atlética e intacta, sino el de la trucidada” (20), explica Ramón mientras exhibe con orgullo las marcas, cicatrices, costurones, llagas, protuberancias, boquetes y deformaciones que proliferan en su figura:

Mira qué llaga, del tamaño de un puño. [...] Mira mi hombro derecho. [...] [S]e ha convertido en una grotesca protuberancia. [...] ¿Y por qué no tengo uñas en los dedos de los pies y en su lugar se observan negros boquetes? [...] [E]sta piel del vientre [...] está llena de costurones. [...] Mira este agujero en la oreja, del tamaño de una moneda de un centavo. [...] Me procura la sensación de que es como un mirador de cuanto se encierra en mi cuerpo. (21)

Congruentemente, la “oficina” de Ramón, a la que René entra por primera vez ese día, alberga un sillón de dentista, pinzas, tenazas, bisturíes, poleas, cuerdas y trapecios pendientes del techo, una mesa de hierro y varios sopletes oxídricos (27). A los instrumentos de tortura se añade una pintura que representa el martirio de San Sebastián aunque de un modo particular: el santo se clava las flechas a sí mismo con una extasiada sonrisa; además tiene la cara idéntica a René. “Si ordené pintar el cuadro –le dice Ramón– fue con el único objeto de hacerte comprender plásticamente tu destino” (35). Así, la pintura –intervenida con fines “didácticos”– inaugura una serie de “dobles” que se sucederán a lo largo de la novela y que marcarán las etapas y progresos del aprendizaje del dolor en el que René es iniciado en ese mismo momento: su padre, “rápido como el rayo le clavó una aguja en el brazo” (35) como regalo de cumpleaños⁵.

El arduo y tenso proceso de normalización que comienza en ese momento se enmarca en la necesidad –familiar, social y política– de encauzar al joven mediante su

⁵ La función de los dobles en la novela es eminentemente propedéutica, y es posible establecer una progresión dentro de la serie: así, al cuadro de San Sebastián con la cara de René (figura plana única), le suceden las múltiples ilustraciones del libro de anatomía obsequiado por Dalia e intervenido por Ramón; luego la imagen es sustituida por un cuerpo tridimensional: las estatuas de Cristo talladas con las respectivas caras que cada alumno de la Escuela del dolor tiene en su habitación; y el maniquí que René encuentra en el baño de Dalia, que sirve a la dama para satisfacer su pasión amorosa. La serie culmina con la irrupción de un doble humano, de carne y hueso, cuya muerte precipitará la aceptación de su condición carnal por parte del protagonista. Gabriella Ibieta (1990) se detiene detalladamente en esta temática.

incorporación a la Causa de la Carne Trucidada: esto es, “encausarlo” para hacer de él un cabal exponente de masculinidad carnívora, siguiendo el ejemplo de su padre y su abuelo. Este último, apodado la “Criba Humana”, se propone como modelo de perfección, encarnación consumada de los ideales de la Causa. Ramón lo recuerda del siguiente modo:

Mi padre [...] marchó a la tumba acompañado de más de doscientas heridas. Sin duda se había formado en la gran escuela. [...] Él tenía una llaga que, empezando en la tetilla derecha, recorría la espalda y venía a finalizar en la misma tetilla. Y dicha llaga [...] se mantuvo, abierta y supurante, hasta el último día de su vida. (22)

El minucioso relevamiento de las llagas, boquetes, heridas y agujeros tanto del padre como del abuelo diseña una particular cartografía que organiza los cuerpos y les confiere (id)entidad y sentido. En efecto, “¿[q]ué significa el cuerpo intacto? Si no lo quieres vulnerado, ¿a qué lo destinás?” (21) pregunta Ramón a su hijo. Y continúa: “Si tu pecho no tiene una llaga como la mía, ¿de qué te serviría? Si tu vientre está libre de costurones, ¿para qué lo quieres? Si esos brazos llegan sin heridas a la vejez, ¿de qué te habrán servido?” (21-22).

Ahora bien, el imperativo sociopolítico de la carne trucidada –sobre el cual nos detendremos más adelante– se solapa irónicamente con otro concepto fundamental de la fenomenología. Tanto Merleau-Ponty como Sartre proponen –aunque con matices diferentes– la noción de *apertura* como estructura de la relación con el mundo.⁶ Dicha apertura se realiza en el cuerpo a través de la percepción sensorial y constituye el modo de vinculación entre el sujeto y el mundo puesto que toda percepción lo es de un objeto exterior y reenvía, por consiguiente, al “fuera de sí”. De acuerdo con esto, las diversas perforaciones exhibidas por estos personajes instalan una relación paródica con el intertexto filosófico en la medida en que suponen no solo una literalización sino también una inversión de la *apertura* que, en este caso, no se realiza hacia afuera sino hacia adentro del cuerpo. Si el cuerpo posibilita la vinculación del sujeto con el mundo en virtud de la *apertura hacia afuera* que se realiza a través de los sentidos, la novela invierte paródicamente esta direccionalidad al plantear la apertura como una intervención violenta que se lleva a cabo *de afuera hacia adentro*, es decir, un atravesamiento que se concretaría *literalmente* en las llagas, pústulas, hematomas, heridas y laceraciones corporales. Ambos procedimientos –inversión y literalización– intervienen recurrentemente a lo largo de la novela a los efectos de amplificar y hacer confluír todos los discursos –filosófico, religioso, político, ético y estético– en un único sentido: la carne trucidada⁷.

⁶ La fecha de publicación de la novela (1952) habilita a proponer significativos lazos intertextuales con el discurso de la fenomenología existencialista si tenemos en cuenta que *El ser y la nada* de Sartre se publica en 1943 y *Fenomenología de la percepción* de Merleau-Ponty en 1945. La vinculación de la obra piñeriana con el pensamiento existencialista fue señalada por Alberto Abreu (2002); Rafael Rojas (2002) entre otros críticos.

⁷ Jorge Brioso (2007) utiliza este concepto pero pone el acento en la tensión patología/ normalidad y en la paradójica relación de estas categorías con la ley.

La ideología de la carne trucidada se manifiesta no solo mediante la descripción de torturas y heridas sino también en el plano del lenguaje. Por un lado, las comparaciones proponen como segundo término una imagen alusiva al desgarramiento: René deja la cabeza “como clavada en una pica” (19) y “los ojos clavados como [...] flechas” (28); a su vez, siente las miradas de los demás “como agujas en su carne” (41). Por otro lado, frases hechas, refranes o expresiones familiares resultan sistemáticamente reformulados en función de establecer la carne como principio ontológico ordenador del sentido; por ejemplo, el apotegma de Arquímedes, “dadme un punto de apoyo y moveré el mundo” se traduce en el discurso de Ramón en “dadme carne y moveré el mundo” (15); del mismo modo, el personaje afirma que “mientras hay carne hay esperanza” (12) y que “[su] cuerpo tiene mucha carne por donde cortar” (20).

La Sra. Dalia de Pérez representa una posición aparentemente opuesta a la del padre de René. También para ella la carne es el eje de la existencia, pero no en tanto objeto de dolor sino de placer. Está enamorada de la carne de René que, en su opinión “no está hecha para el dolor. [...] Es un cuerpo hecho para el placer” (24). Sin embargo, Ramón cuestiona la oposición entre placer y dolor: “Lo mismo pienso yo [...]. Tanto es así que por eso lo mando a la carnicería. Dígame, Sra. Pérez, ¿no es un placer contemplar esa carne descuartizada?” (24).

La contraposición entre estos dos personajes propone al adolescente dos caminos alternativos pero en definitiva coincidentes ya que el dolor y el placer que respectivamente reivindican constituyen dos vías posibles para que el protagonista se reconozca, finalmente, como carne.⁸ Sin embargo, los avasalladores avances de Dalia no resultan más tranquilizadores que las llagas del padre, en la medida en que sus palabras traslucen, a los oídos de René, un sentido literal y amenazante. Cuando en una ocasión ella se presenta en casa de René y éste, previendo el acoso, retrocede espantado, la señora exclama “No voy a comérmelo, tesorito” (23). Esta equiparación –metafórica– de la carne comestible y la carne deseable adquiere connotaciones siniestras durante la posterior cena en casa de Dalia en la que René es invitado de honor. Si bien el entorno de la dama, en explícito contraste con la oficina de Ramón, es sensual y elegante y todo invita al disfrute de los sentidos, la situación se torna inquietante para el protagonista en tanto los placeres que se ofrecen remiten indefectiblemente a la carne: el convite “se compone exclusivamente de platos... carnales” (40); los invitados comen con los “colmillos afilados” (41). El adolescente toma conciencia de que él es el “plato fuerte” de la comida (41) y se identifica con el gigote de carnero al que “Dalia y sus amigos se disponían a picar [...] en pedacitos” (42). Su actitud reticente y angustiada arruina la fiesta: “Marmóreo y como desencarnado, había tenido el privilegio de helar esas carnes palpitantes, hechas de apetitos y lujuria” (42) y “en los cuatro o cinco grupitos que se formaron después de la

⁸ Sartre postula el deseo sexual y fundamentalmente la caricia como formas de moldear la carne del otro y encarnarlo, a la vez que acariciando/ encarnando al otro, el sujeto se encarna a sí mismo: “Al acariciar a otro, hago nacer su carne por mi caricia, bajo mis dedos. La caricia es el conjunto de las ceremonias que *encarnan* al Otro. [...] La caricia hace nacer al Otro como carne para mí y para él” (1993: 485).

comida, solo se hablaba de él, para ‘despellejarlo’ y hacer trizas el fúnebre personaje” (42-43). En la medida en que la encarnación es condición de posibilidad para la supresión de la propia alteridad, de la propia extranjería, resulta evidente entonces que la excepcionalidad de René radica en su porfiada abominación de su condición carnal.

LA INICIACIÓN Y LA HUIDA

El proceso de encau(s)zamiento del personaje continúa en la Escuela de la carne, institución a la que es enviado por su padre donde la educación que se imparte tiene como único objeto entrenar el cuerpo para el dolor, pero no para dominarlo o vencerlo sino por el contrario, para sentirlo plenamente, podríamos decir, para gozarlo, puesto que según los criterios del establecimiento “un cuerpo privado del dolor no es un cuerpo sino una piedra” (68).

Las clases comienzan con el reparto del material didáctico, cuya pieza fundamental es un bozal a modo de mordaza para garantizar el “sufrimiento en silencio”, ya que un eventual grito a modo de descarga disminuiría la intensidad del dolor: “No bien salió el primer alumno provisto de su material, el grupo rompió en risotadas. [...] Le habían puesto [...] un bozal, y causaba el efecto de un animal acorralado” (69). A la vez, este elemento refuerza la recurrente homologación de la carne humana y animal: el primer día de clases los ingresantes son presentados a los alumnos del segundo curso que, “como perros de cacería, se lanzaron sobre los neófitos y empezaron a olisquearlos afanosamente” (66).

Las lecciones consisten en sesiones de tortura, la primera de las cuales es la silla eléctrica, con el objetivo de lograr una carne perfectamente apta para el servicio del dolor, una carne maleable, dispuesta, eficazmente torturable. Sin embargo, la empecinada resistencia del protagonista hace de él “un agente provocador” (89), “un rebelde” (88), “un anormal”, “un loco”, “un excéntrico” (96) y requiere implementar nuevos métodos educativos. Después de agotar durante horas todas las argumentaciones posibles, “como un gato que se lanza sobre un pedazo de carne, Cochón [el predicador de la Iglesia de la carne] se lanzó sobre René” (96) para ablandarlo con la lengua:

Su gruesa y crecida lengua brotó como una llamarada. [...] Cochón comenzó a “trabajar” la cara de René. Eligió la zona del pómulo derecho y empezó su labor de zapa.[...] Volvió a sacar la lengua y la emprendió con la nariz, que a las dos o tres pasadas se fue hinchando y enrojeciendo. Cochón lamía de arriba abajo [...]. Con frenesí su lengua pasaba por la cara de René, con tanto impulso que ora se perdía en el pelo, ora se introducía en los oídos o bajaba hasta la nuez del cuello. (97-98)

Como la lengua del predicador no alcanza ni literal ni metafóricamente para ablandar la carne rebelde y refractaria, Mármolo, el Director de la Escuela, organiza una lamida general con el concurso de los alumnos de los años superiores: los distribuye en cuadrillas de seis lamedores cada una que se sucederán en la ardua tarea, secundados por suculentas bandejeadas de “carne fresca, ahumada, asada, hervida, en morcillas” (105) y abundante alcohol derramado sobre René ya que “las reglas

elementales de la buena cocina prescriben su uso en el ablandamiento de las carnes” (106). La portentosa escena exhibe en clave grotesca una montaña de cuerpos desnudos, transpirados y afanosos, todos cubiertos de “llagas, cardenales, contusiones, pústulas [...] y hematomas” (106), “ávidos por llevarse a la boca todas las carnes al mismo tiempo” (107). La colocación de la carne humana en un plano de igualdad con la carne comestible es nuevamente ratificada mediante la sentencia enunciada por el Director del establecimiento: “al final, todo es carne y nada más que carne” (107). La animalización alcanza aquí tanto al objeto como a los sujetos de la acción: “Los seis muchachos [lamedores] alzaron las cabezas mostrando sus lenguas colgantes y palpitantes, semejantes al animal que es separado de su presa en lo mejor del descuartizamiento” (106).

La equiparación definitiva de lo humano y lo animal tiene lugar durante la ceremonia de iniciación, en la cual los alumnos desnudos y en cuatro patas ofrecen el trasero para ser marcados a fuego con un hierro al rojo vivo. El anuncio es explícito: “Damas y caballeros: va a marcarse la primera res” (123). En tanto la marca sobre la piel incorpora las reses al dominio de la propiedad privada, en este caso el hierro candente sella la incorporación de los jóvenes al régimen del dolor prescrito por la Causa de la Carne y su transformación en dóciles ciudadanos dispuestos a ser sacrificados. En tanto reses o *cosas*, si tenemos en cuenta el sentido etimológico de la palabra, los iniciados constituirán una reserva de *carne disponible* para los intereses del Estado. La *res publica* requiere la producción de subjetividades urgidas por el deseo de dolor, dispuestas a ser trucidadas y torturadas y ansiosas por concretar el ideal de una muerte violenta. La formación ciudadana será exitosa en la medida en que el sujeto se convierta en un “eficaz torturable” (92), en carne “que anhela ser despedazada” (207)⁹.

Ahora bien, la persistente huida del protagonista de todos los intentos de “encarnarlo” –ya sea por la vía del dolor o la del placer– constituye, en lugar de la apertura requerida en este caso por los aparatos ideológicos del Estado (la familia, la Escuela del dolor, la Iglesia de la carne, el partido o la Causa de la carne Trucidada) una clausura sobre sí mismo que anula la condición relacional de su cuerpo¹⁰. Esta renegación de su propia carnalidad lo lleva a refugiarse en el cementerio, es decir, el lugar donde la carne *literalmente* se desintegra:

Precisamente este oficio de blanqueador de sepulcros venía como anillo al dedo. Sólo tenía que vérselas con puros huesos; [...]. Lejos, pues, de la carne, y qué seguridad contemplar esos huesos

⁹ En su excelente artículo, Luis Othoniel Rosa (2009) señala que “La república no es el lugar donde se organizan las labores de la sociedad sino que, en esencia, es el lugar donde se procesa la res, es decir, es una forma más abarcadora de la carnicería [...]. La carne torturada es la última expresión de esta república de la carne, [...] la tortura es el lugar central de la polis precisamente porque es un procesamiento de la carne”.

¹⁰ Carolyn Wolfenson (2006) incluye también el arte entre los aparatos ideológicos del Estado ya que en la novela este participa claramente de la lógica del poder.

sabiendo que nadie sobre la tierra se interesaría en su persona para comprometerla en la batalla por la carne. (211)¹¹

Sin embargo, como corresponde al género del *Bildungsroman*, el “animal levantisco” (127) será finalmente domado, esto es, René se reconocerá como carne y se “encau(s)zará” como Jefe de la Causa, cumpliendo con la función que le ha sido asignada. El momento decisivo para que se produzca finalmente el *insight* en el personaje es la visión de su doble muerto cuando abre uno de los ataúdes que llegan al cementerio: “Dentro del ataúd reposaba su doble, vestido con el traje con que lo había conocido. Parecía que acababan de asesinarlo. El traje estaba manchado de sangre” (213). La muerte del doble, llamado también René, deja un lugar vacante que interpela al protagonista a tal punto que nuevamente *huye* —pero ahora del cementerio— y corre “como un loco hasta la Sede de la Carne Acosada” (213) donde tiene “la comprobación definitiva de que estaba hecho de carne” (211). La capitulación final tiene lugar cuando, al contemplar su cuerpo en un espejo, “[s]olo carne de tortura halló su mirada implorante” (226). De este modo, el desenlace de *La carne de René* exhibe la “encarnación” absoluta de los valores de la Causa de la Carne Trucidada como resultado de las sucesivas estrategias de disciplinamiento desplegadas por el biopoder en aras de doblar la resistencia del protagonista para convertirlo en un cuerpo dócil. En función de esto, el final de la novela supone una inversión en cuanto al *sentido* del aprendizaje ya que el conflicto no se resuelve en virtud de una integración armónica entre los deseos propios y los mandatos sociales. En este caso, la reproducción de un estado de cosas no se garantiza mediante un final feliz, tal como enseña la tradición genérica en su versión más clásica, sino como resultado de un proceso de disciplinamiento.

EL DEMONIO DEL PENSAMIENTO

La negativa del protagonista a reconocerse como carne radica, de acuerdo con las palabras del director de la Escuela, en el hecho de que “[e]s una carne que se permite pensar sobre sí misma [...]. [E]stá hechizado por el pensamiento. En él descansa su obstinación” (120). A partir de este enunciado, es posible proponer otro intertexto filosófico si reconocemos aquí ciertos ecos del *cogito* cartesiano. En tal caso, el título de la novela adquiere una dimensión profundamente irónica al remitir no solo al personaje del texto sino también al fundador de la filosofía moderna: René Descartes. En efecto, si la excepcionalidad del protagonista se explica por tener dentro “el demonio del pensamiento” (120) y rechazar su condición carnal, resulta evidente su filiación cartesiana. En la segunda de sus *Meditaciones metafísicas* (1641), el filósofo se

¹¹ La trayectoria de René se estructura en diálogo con el *Via Crucis*. En este sentido, la estancia del personaje en el cementerio y su posterior salida corresponderían a la muerte y resurrección de Cristo. No por casualidad cuando vuelve a aparecer ante los demás, Dalia exclama: “René ha resucitado”. Y Powlavski: “Y he aquí que de pronto resucita de entre los muertos” (221). Ambas expresiones se aproximan claramente al sentido literal.

reconoce únicamente como ser pensante y sostiene: “No soy, de ningún modo, ese ensamblaje de miembros al que se denomina cuerpo humano”. Así, el *cogito* instala el dualismo irreconciliable entre pensamiento y cuerpo al identificar únicamente la razón como marca privativa de lo humano –de ciertos humanos– a la vez que determina la ruptura entre la humanidad (*res cogitans*) y el resto de lo existente (*res extensa*) considerado exclusivamente como materia inerte.

Desde el título, la novela parece propiciar la inversión absoluta de los postulados cartesianos al proponer no la razón sino la carne como principio ontológico y confrontar a René –tanto al personaje como al filósofo– con su condición carnal. Sin embargo, esta torsión paródica del intertexto filosófico contribuye a desenmascarar en clave hiperbólica sus oscuras derivaciones, sus consecuencias últimas. Si hasta aquí la novela parece invertir de plano el *cogito* cartesiano, que erigió la Razón en fundamento del sujeto moderno, la capitulación final de René ante la Causa de la carne no supone un desvío respecto de la razón moderna sino por el contrario, una ‘encarnación’ de sus premisas y condiciones de posibilidad, esto es, la disponibilidad de todo lo *extenso* privado de razón. En efecto, la equiparación de la carne humana y animal planteada en el relato y la consiguiente ubicación del cuerpo humano en el plano de lo comestible desdibuja la oposición *res cogitans/res extensa* para exhibir los engranajes de la organización racional de lo viviente a partir de la Modernidad. Si el individuo en tanto sujeto de la razón se diferencia de lo *extenso*, configurado como naturaleza o materia que es necesario someter y controlar por medio de leyes matemáticas para garantizar su disponibilidad en función de necesidades o decisiones exclusivamente humanas, *La carne de René* repone la *extensión* del cuerpo para proponerlo como materia *dispuesta* a ser consumida. Elijo este término con absoluta intencionalidad, ya que su doble acepción indica ‘disponibilidad’ a la vez que subraya la *intención* de la carne de ser sacrificada: precisamente, el objetivo de las instituciones disciplinarias en la novela es producir cuerpos que encarnen la plena coincidencia entre disponibilidad y disposición, al punto de proponer la muerte violenta como ideal cívico. El cuerpo de Ramón recientemente asesinado encarna la reproducción del mandato social ante la mirada del hijo: “Las balas habían perforado salvajemente el tórax y el abdomen; [...]. Su padre, un violento, había sido asesinado por otros violentos. [...] Tendido sobre la camilla, alcanzaba el alto y sangriento ideal de su vida” (163). Y el mensaje que deja escrito para René enuncia claramente un imperativo ético y estético: “Espero que tu carne tenga el final de la mía” (162).

En la medida en que el proceso de encarnación apunta a la obtención de cuerpos torturables, la torsión paródica e hiperbólica que se imprime al intertexto filosófico desenmascara el funcionamiento de una bio-tanatopolítica cuyo verdadero objetivo es la producción de carne disponible, comestible o sacrificable, esto es, *carne de cañón* (118), en palabras de Mármolo. La literalización y la inversión –que hemos señalado como procedimientos textuales predominantes– de ciertos postulados de la fenomenología existencialista y del *cogito* cartesiano confluyen en una construcción paródica de enorme potencia crítica que exhibe en clave absurda y humorística la contracara de la Razón moderna. *La carne de René* propone desde el sintagma que oficia

de título una indagación sobre la carne de René (Descartes), es decir, sobre las implicaciones y derivaciones *instrumentales* de la razón occidental. Si para delimitar la especificidad propia de lo humano, Descartes *descarta* el cuerpo mediante el *cogito*, la novela de Virgilio Piñera propone una literalización de este gesto que se traduce en la producción de cuerpos *descartables*.

BIBLIOGRAFÍA

- ABREU, Alberto (2002): *Virgilio Piñera: un hombre, una isla*, La Habana: Unión.
- BRIOSO, Jorge (2007): “La carne de René o el aprendizaje de lo literal”, *Revista Iberoamericana* vol. LXXIII, núm. 218, pp. 29-49.
- HIRSCH, Marianne (1979): “From Great Expectations to Lost Illusions: The Novel of Formation as Genre”, *Genre*, 12, núm. 3, pp. 293-311.
- IBIETA, Gabriella (1990): “Funciones del doble en la narrativa de Virgilio Piñera”, *Revista Iberoamericana*, LVI, núm. 152-153, pp. 975-991.
- LE BRETON, David (2002): *Antropología de cuerpo y Modernidad*, Buenos Aires: Nueva Visión.
- MERLEAU-PONTY, Maurice (2010): *Lo visible y lo invisible*, Buenos Aires: Nueva Visión.
- MERLEAU-PONTY, Maurice (1986): *El ojo y el espíritu*, Buenos Aires: Paidós.
- PIÑERA, Virgilio (2000): *La carne de René*, Barcelona: Tusquets.
- ROSA, Luis Othoniel (2009): “Encarnizamientos. Vacilaciones teóricas del cuerpo en *La carne de René* de Virgilio Piñera”, *Rayando los confines*: https://rayandolosconfines.com/critica_encarnizamientos.html.
- ROJAS, Rafael (2002): “Newton huye avergonzado”, en Rita Molinero (ed.): *Virgilio Piñera. La memoria del cuerpo*, San Juan (Puerto Rico): ed. Plaza Mayor, pp. 249-259.
- SARTRE, Jean-Paul (1993): *El ser y la nada*, Buenos Aires: Losada.
- WOLFENSON, Carolyn (2006): “La ciudad como espacio de tortura en *La carne de René* y *Pequeñas maniobras* de Virgilio Piñera”, *Cuban Studies*, 37, pp. 56-72.